

EL MAESTRO DE LA EDAD DE ORO

*Por Giuseppe Isgró Cattafi©
Del libro: El Mago Blanco
Todos los derechos reservados.*

Donde Hidalgo y Escudero hablan sobre el maestro de Sócrates y de cómo influyó en el desarrollo de la edad de oro griega.

Se encontraban, Hidalgo y Escudero, todavía en sus andanzas venezolanas, en una época de transición, en la cual, la gran nación espera confiada la aparición de un gobierno demócrata que enrumbe el país a su genuino destino, que, en el concierto del planeta, le está reservado por sus múltiples y variados recursos, como ubicación geográfica privilegiada, un clima que es una eterna primavera, riquezas naturales de todo tipo y en abundancia, y sobre todo, el magnífico recurso humano gestado con el aporte de tantos grupos étnicos provenientes de todos los países del mundo, que le han enriquecido con una amplia cultura, belleza e inteligencia vivaz de sus pobladores, -como le ocurrió en otros tiempos a la isla de Sicilia-. Porque, sin dudarlo, se puede afirmar que Venezuela alcanzará una edad de oro que asombrará a propios y a extraños.

En uno de los mejores países del mundo, Venezuela, en la playera ciudad de Lechería, -que tantos millones de personas sueñan con visitar algún día-, Escudero, como de costumbre, inicia el diálogo de esta manera:

-Maestro, -dice Escudero, -si Sócrates fue vaticinado por el oráculo de Delfos como el hombre más sabio entre los griegos y las demás regiones del mundo, si en esa época se alcanzó el auge de la edad de oro griega que venía gestándose desde muchos siglos antes, sobre todo entre la época de los siete sabios y el siglo conocido como de Pericles, ¿quién fue, en tu opinión el maestro de Sócrates y de toda esa juventud que con su aporte contribuyó a edificar la edad de oro griega?

-Escudero, una vez más me asombras por la sagacidad y profundidad de tus preguntas. Sólo a Dión de Prusa, en el siglo V -de

n.e.-, se le ocurrió plantearse una cuestión tan profunda, y, en mi opinión, la resolvió de manera acertada, como habremos de verlo cuando analicemos las circunstancias por las cuales el verdadero maestro de Sócrates y de la edad de oro griega, es Homero, o mejor dicho, *Demodoco*, que es su verdadero nombre, como te explicaré después.

-¿Homero?, -expresa en forma admirativa, Escudero. -¿Por qué, maestro, tú piensas eso?

-Después de meditar durante muchos años sobre el contenido elevado de las dos grandes obras de Homero, *La Ilíada* y *La Odisea*, -la primera, plasmada en su juventud, mientras que la segunda en edad madura-, uno se percató que Homero era poseedor de un conocimiento sobre la realidad de la vida, de los valores universales, de la interrelación del mundo espiritual con el humano, -*la intervención de los Dioses en los hechos de los hombres*-, el conocimiento de los hechos históricos preciso como lo comprobó Heinrich Schliemann, en el descubrimiento de Troya, que dio por ciertos los datos relativos a lugares, distancias y otras circunstancias, con lo cual llevó a cabo tan importante descubrimiento arqueológico, lo cual da a entender, este hecho, que el resto del contenido de las obras homéricas no son mitos ni fantasías, sino que describe una realidad universal acorde con la verdad.

-Maestro, dice Escudero, -pero Sócrates vivió muchos siglos después de Homero, -¿cómo tú, entonces, aseveras que Homero fue el maestro de Sócrates?

-Escudero, -responde Hidalgo, no es necesario ser contemporáneo de un maestro para considerarse su discípulo; basta para ello que uno estudie su obra y profundice su contenido y aplique sus enseñanzas para ser considerado de hecho, y de derecho, discípulo de un determinado maestro; tal es el caso de Ibn Arabi, que habiendo vivido en el siglo XIII, se consideraba el discípulo de Ben Alarif de Almería, maestro sufí fundador, en Almería, de la más importante escuela de sufismo, a nivel mundial, en su tiempo, en el siglo XI. Viendo la identificación del mensaje del discípulo con el del maestro y el amor que aquél le profesaba a éste, fácilmente uno se da cuenta de que es factible que Homero haya sido el maestro de Sócrates y la grandeza del discípulo refleja la del maestro.

-Maestro, -dice Escudero, -cuéntame como tú crees que se desarrolló la influencia de Homero, primero en el mundo helénico y regiones circunvecinas y luego hasta nuestra época. Pero, antes de

todo, me surge una inquietud: ¿dónde estudió Homero y de qué parte proviene esa inmensa sabiduría contenida en ambas obras?

-Escudero, -comenzaré por darte mi opinión sobre lo último que tú planteas, es decir, en qué escuela se formó Homero. Como tú bien sabes, Escudero, Homero plasma en su dos obras un esplendor de civilización tan elevado, en su apogeo máximo, tanto de Troya como del mundo griego, de su época, es decir, el siglo XII, antes de n.e., que de no haber sido por él se habría perdido todo rastro, y aún así, se ha considerado el contenido de su obra como mitología.

-Siendo una época en que las virtudes homéricas se cultivaron en elevado grado, debían existir maestros cuya huella se ha perdido, en ese milenio en que él vivió y en los precedentes; sin duda, Orfeo podría ser uno de los maestros cuyo nombre y reflejo de enseñanza se conserva en la memoria histórica, probablemente de contenido análogo a las enseñanzas secretas de los misterios eleusinos y a los misterios mayores y menores egipcios, en cuyas fuentes todos los filósofos y pensadores griegos bebieron y se alimentaron.

-Por otra parte, diversos filósofos y críticos, le atribuyen la profundidad de sus enseñanzas a su elevado don de la inspiración, -es decir, era un aedo inspirado-, sin el cual, los críticos antiguos afirmaban que su poesía habría sido distinta; por lo cual, Escudero, aún en la antigüedad consideraban, al igual que Goethe, en el siglo XIX, que el contenido de la obra de Homero era tan grandioso que estimaban imposible fuese la de un solo hombre o, que, debía haber en ella, un toque de inspiración de las musas.

-Aquí, -Escudero, pregunto, a mi vez: -¿qué se consideraba, en la antigüedad y en nuestro tiempo, también, el don de la inspiración, el don de los aedos? A lo cual, podemos decir, que, antiguamente, se consideraba a los aedos dotados de un don divino, es decir, lo que escribían o cantaban, le era inspirado por las musas o por los dioses inmortales, que en el lenguaje moderno, serían los espíritus.

-A la luz de las modernas investigaciones psíquicas, -Escudero, podríamos aseverar dos posibilidades: la primera, que entrando en un nivel de interiorización o éxtasis, adquiere un estado expandido de conciencia mediante el cual su capacidad de percepción se amplifica y puede ver o percibir en forma clarividente, por las facultades de su espíritu, el conocimiento de una realidad que plasma en sus escritos o cantos.

-La segunda posibilidad, -Escudero, es que, estando dotado de la facultad de inspiración -en su acepción de facultad mediumnífica- el aedo es un instrumento modernamente llamado médium, por cuyo

intermedio un espíritu afín le comunica el contenido de su mensaje; – en fin de cuenta, Escudero, -¿qué son las musas o los dioses inmortales?

-Por supuesto, -dice Escudero, -espíritus.

-Es correcto, Escudero, -asienta Hidalgo, estoy de acuerdo contigo.

-Pero, hay algo más, -Escudero, -es el mismo Homero quien nos da las claves tanto de su carácter de aedo inspirado como de su verdadero nombre, como tú mismo podrás comprobarlo si te tomas las molestias de revisar lo que te voy a mencionar acto seguido.

-Fíjate, -Escudero, tú que has leído La Odisea, recuerda cuando Ulises en su viaje de regreso a Itaca, su barco se encalla en las cercanías de las costas en la región que pertenecía al rey Alcínoo, en el País Feacio, donde es bien recibido por su hija Nausícaa, y otras doncellas de su corte, y que, además, durante su estadía allí se les rinden honores acordes a tan grande héroe, y, en el banquete que en su honor se celebra el mismo Alcínoo ordena que sea llamado *“el divino aeda Demodoco, que ha recibido el don de deleitar con sus cantos mejor que ningún rapsoda, sea cualquiera el asunto que le inspire”*.

-En el canto VIII, -Escudero, el mismo Homero describe la entrada en el banquete de Demodoco, de esta manera: *“Llegó el heraldo acompañando al fiel aeda dilecto de la Musa, que le había dado juntos el bien y el mal, pues le había privado de la vista y comunicado la dulzura del canto. Pontonoo ofreció al aeda un sitial claveteado de plata en medio de los invitados, cerca de una alta columna., la Musa dijo al aeda que cantase las famosas gestas de los héroes, cuando su gloria llegaba hasta el mismo cielo, así la querrela de Ulises y Aquiles en un banquete de los dioses, al discutir en términos violentos con gran alegría de Agamenon, pues se querrellaban los más bravos aqueos y se cumplía el presagio de la sagrada Pito”*.

-Aquí, -Escudero, Demodoco va efectuando el relato sin saber que el huésped presente es Ulises, quien disimuladamente se cubre el rostro con un paño para evitar que le vean llorando por la emoción que experimenta de oír el relato de sus propias hazañas.

-Terminada esta primera fase del banquete, presencian diversos eventos deportivos y algunos bailes cuya lira ejecuta Demodoco, entonando un canto donde el aeda relata los amores de Ares y Afrodita; después de un breve receso, en la reanudación de los actos, Ulises le hace llegar al aeda un trozo de carne con un heraldo, que Demodoco recibe con agrado y a quien Ulises dirigió estas palabras:

-“Te aprecio, Demodoco, más que a ningún otro mortal; seguramente te enseñó a cantar así la Musa, hija de Zeus, o bien Apolo; pues tan admirablemente relata los “sucesos” de los aqueos, sus hazañas, “luchas”, sus trabajos todos, con un arte que se diría lo has presenciado o lo has oído de algún testigo de vista. Más te agradeceré cambies de asunto y canta el ardid del caballo de Troya, construido por Epeo con la ayuda de Atenea, que el ilustre Ulises introdujo engañosamente en la Acrópolis, después de llenar la máquina de hombres que luego asolaron a Troya. Si logras narrarme esta aventura con detalles exactos, proclamaré ante el mundo que has sido favorecido por algún dios con tu maestría divina”.

-A continuación, -Escudero, Homero describe así el relato: -“El cantor, movido de inspiración, comenzó a desarrollar el relato partiendo del momento en que los argivos se marchaban en sus naves de sólidas bordas, después de prender fuego a las tiendas. Ya otros compañeros estaban en el ágora de Troya, encerrados con el famoso Ulises en el caballo, que los mismos troyanos habían llevado hasta la Acrópolis. Allí plantado el artificio de madera, los troyanos hablaban y discutían en torno sin decidirse a resolver nada, divididas las opiniones: unos aconsejaban hacerlos pedazos, otros que lo arrojasen desde el roquero, y algunos que lo guardasen como ofrenda propicia a los dioses; criterio el último que vino a prevalecer. Los troyanos ignoraban que esta decisión era fatal para ellos, pues el enorme caballo guardaba *en su interior* a los más valerosos argivos,

-“Todo esto cantaba el aeda. Luego añadió como había sido tomada la ciudad y saqueada por los aqueos cuando salieron del escondrijo. Cada guerrero hizo su botín en la parte alta; mas Ulises se dirigió con Menelao al palacio de Deífobo, igual a un dios, donde sostuvo el combate más terrible, que sólo pudo ganar con el apoyo de la magnánima Atenea.

-“Tales eran los hechos que relataba el aeda en su canto, mientras Ulises, emocionado, derramaba abundantes lágrimas, incapaz de resistir la impresión que le causaba el narrar del aeda y que solamente advirtió Alcínoo, quien dijo a los feacios próximos: -“Avisad a Demodoco para que haga callar su lira sonora, pues no todos encuentran placer en ese canto”-, refiriéndose, -Escudero, a Ulises.

-Después de esto, -Escudero, -Ulises, a requerimiento de Alcínoo, hace un relato de su vida en primera persona, refiriendo detalles de su vida, de sus hazañas y peripecias.

-Escudero, -dice Hidalgo, -en primer lugar, esto último indica que Demodoco –considerado en su tiempo como un *divino aeda*

inspirado escuchó directamente de Ulises, el relato de su vida y hazañas, descritos entre los cantos novenos al duodécimo de la Odisea, es decir, es un relato genuino y verídico. En segundo lugar, Demodoco era contemporáneo de Ulises, como se refleja en el relato, lo cual nos da una idea de que vivió en el siglo XII y no en el VIII –a.n.e-. En tercer lugar, Demodoco es Homero, a quien se le supone privado de la vista y, en el mismo anuncio de la llegada de Demodoco, en el banquete, se destaca dicha condición: *“Llegó el heraldo acompañando al fiel aeda dilecto de la Musa, que le había dado juntos el bien y el mal, pues le había privado de la vista y comunicado la dulzura del canto”*.-

-Escudero, la evidente emoción de Ulises prueba el carácter de aeda inspirado de Demodoco y salvo que hubiese cantado –Demodoco- hechos conocidos por todos cuyos méritos consistirían, únicamente, en la elocuencia con que relatara dichos hechos, no tendría mucho sentido la conclusión que acto seguido vamos a llegar; empero, si hubiese sido así, Ulises habría elogiado su destreza o habilidad como poeta pero no habría recalcado el carácter de aeda inspirado de manera clara, -en el momento de solicitarle al rapsoda que hablase del ardid del caballo de Troya- en la cual, Demodoco, relata hazañas poco conocidas, -con precisión de detalles-, *que en ese momento desconoce aún que se trata del mismo Ulises quien le solicita el canto*, es que destaca Ulises el carácter de aeda inspirado de Demodoco, es decir, conocimiento de sus hazañas recibidos mediante inspiración, en una de sus dos vertientes: la primera, percepción clarividente, fruto de su facultad psíquica mediante la cual expande su conciencia y ve la realidad que relata, que en este caso sería clarividencia en tiempo pasado, es decir, RETROCOGNICIÓN. En ese caso, ¿dónde se encontraba archivado ese conocimiento? En la mente de Ulises, donde lo leería, Demodoco, por su facultad de sonambulismo lúcido, cosa bastante factible; empero, me inclino a pensar, -Escudero, que aquí, de lo que se trata es de la segunda vertiente, *es decir, que, entrando Demodoco, en su estado de éxtasis –trance- un espíritu relata a través de él las hazañas de Ulises, de las cuales, Demodoco, no conocía nada o, solamente, lo que era del dominio público hasta ese momento.*

-En todo caso, -Escudero, -Homero, revela por boca de Alcínoo y de Ulises un doble secreto: el carácter inspirado –mediumnífico- de la obra de Homero, y al mismo tiempo, siendo Homero *–al igual que Sócrates- un individuo que no solía hacer ningún tipo de referencia a su persona, es decir, un rasgo de común grandeza de carácter en cuanto al cultivo de la humildad en sumo grado-* por lo cual nadie conoció la verdadera identidad de Homero y prácticamente ningún detalle de su vida, salvo suposiciones; pero, en ese diálogo, Homero revela su

verdadero nombre: Demodoco, y su carácter de médium –aeda inspirado- que les reconocen incontables críticos de la antigüedad, y por supuesto, el carácter mediumnístico de las obras La Ilíada y La Odisea, *si no en su totalidad*, por lo menos en gran parte.

-Además, -Escudero, -¿Recuerda lo que le dijo Ulises a Demodoco, cuando le solicita el canto del ardid del caballo de Troya?

-Sí, -maestro, le dijo: –“*Te aprecio, Demodoco, más que a ningún otro mortal*”-.

-Es correcto, -Escudero, -un elogio de esa naturaleza, en esa época y en los siglos siguientes, solo a Homero era posible hacerlo, sobre todo de un héroe de tal magnitud, como lo era Ulises.

-Por lo cual –Escudero, podemos concluir que Homero –bajo el nombre de Demodoco- conoció a Ulises y viceversa, un encuentro de gigantes, *el primero considerado como un divino aeda, que había recibido el don de deleitar con sus cantos mejor que ningún rapsoda, sea cualquiera el asunto que le inspire; y, el segundo, como lo expresa el mismo Zeus, en el canto primero: –“Cómo he de olvidar al divino Ulises, superior a todos los humanos por su inteligencia y por sus numerosos sacrificios a los inmortales del inmenso cielo”?*

-Pero, -Escudero, te quiero hacer una acotación para precisar con exactitud lo que realmente aconteció. Se considera a la Ilíada una obra de juventud, de Homero. En el banquete de Alcínoo, nos encontramos veinte años después de haber terminado la guerra de Troya, ya en la etapa final del regreso de Ulises a Itaca; hasta ese momento, Homero, *-es decir, Demodoco-*, aún no conocía a Ulises, sino que cantó allí los sucesos por haberlos oído de aquellos que, excepto Ulises y sus hombres, que habían quedado rezagados, regresando sólo Ulises al cabo de dos décadas, habían regresado inmediatamente después de terminar la contienda de Troya. Es decir, el carácter de aeda inspirado de Homero, en la Ilíada, no es tanto porque cuenta hechos desconocidos o pocos conocidos por todos, sino que, relatando sucesos por todos más o menos conocidos, lo hace de una manera especial, interpretando los sucesos, explicándolos en profundidad, que ilustran y transmiten valores en cuya emulación gran número de generaciones de griegos –y de otros países también- se avocan a emular. Es en la sabiduría del contenido fruto de la inspiración del aeda que inmortaliza los hechos que, relatados por otro rapsoda, no habrían tenido igual trascendencia y efecto hasta nuestros días.

-Igual acontece en la Odisea, -Escudero, pero, aquí Homero –*Demodoco*- conoce las aventuras que le ocurren a Ulises durante su regreso a la patria por haberlas oídos directamente de él cuando éste se

las cuenta a Alcínoo a solicitud de éste. Por eso vemos que Ulises le pide que le cuente el relato del ardid del caballo de Troya, que ya era conocido y formaba parte de la *Íliada*, aunque Ulises no debía saberlo, y no le pide, en cambio, que le relate sucesos que sólo Ulises conocía y la distinción de aeda inspirado a que alude Ulises es por el ornamento que envuelve al relato fruto del don de inspiración del aeda.

-Ahora, bien, -Escudero, la *Íliada* habrá sido escrita por Homero dentro de los dos o tres años siguientes a los sucesos de Troya, tan pronto hubieron regresado los primeros grupos de combatientes aqueos en Troya, como era usual, en aquella época y que, yo, -Escudero, aún recuerdo lo que debe ser una remanencia de aquella costumbre, perdurable aún en mi niñez, en Sicilia, *-recuerda, Escudero, que fue llamada la Magna Grecia-*, cuando ocurría un suceso, en forma inmediata recorría las calles –a paso rápido- lo que pudiera ser el equivalente a un rapsoda, con voz cantarina, relatando los hechos; te estoy hablando, -Escudero, de los años cincuenta del siglo XX.

-Por eso, -Escudero, -la *Odisea* es una obra de madurez de Homero, por cuanto habiendo oído los relatos por boca de Ulises, casi veinte años después, debería tener Homero una edad oscilante entre los cincuenta y los sesenta años, suponiendo que haya escrito la *Íliada* entre los treinta y los cuarenta años; es decir, -Escudero, Homero habrá redactado la *Odisea* prácticamente en forma inmediata de haber oído el relato, ya que, los cantos del noveno al duodécimo de la *Odisea* los describe Ulises en primera persona, tal como lo debió haber oído, poco más o menos, Demodoco *-Homero-*, pero, que aprovecha las aventuras de Ulises para rellenarla con la mejor descripción de los valores universales –virtudes- con que el aeda impregna el relato, fruto de su profunda sabiduría –inspirada, aunque era un experimentado cultivador del arte-, además la complementa con la intervención de los dioses en los hechos de los hombres, describiendo seres hoy considerados mitológicos, empero que, cada vez se está más convencidos que fueron seres reales en la antigua Atlántida, la mayoría de ellos –o casi todos-, describiendo el esplendor de una época que si no es por Homero habría pasado desapercibida.

-Y, una cosa más, -Escudero, cuando nosotros creíamos que Homero había seleccionado sólo una parte de las aventuras de Ulises en su regreso a Itaca, durante veinte años-, como un recurso del arte literario o poético, para que, centrando la atención en sólo una parte se puedan magnificar en gran medida los hechos allí relatados con su correspondiente complemento fruto de la sabiduría del poeta que recogía un saber acumulado a través de las edades hasta su tiempo,

incrementada por la inspiración cuyo don de aeda resaltan tanto sus contemporáneos como las subsiguientes generaciones, Homero lo hace por cuanto ese fue el relato que efectuó Ulises en el banquete que Alcínoo ofreció en su honor, en el cual Demodoco –Homero- se encontraba presente.

-Maestro, -dice Escudero, -me parecen sorprendentes las conclusiones a las cuales has llegado; me pregunto, cómo es que, habiendo pasado estas dos obras por las manos de los más importantes pensadores desde la época de Homero hasta nuestros días, nadie se haya percatado del verdadero nombre de Homero, ya que, el otro secreto, es decir, el carácter de aeda inspirado se lo reconocen todos sus críticos, por lo cual justifican el prodigio de sus obras, como tratándole de restar importancia a Homero como poeta, por cuanto sobresalía demasiado sobre el nivel de sus contemporáneos y de las múltiples generaciones subsiguientes.

-Es correcta tu apreciación, -Escudero; -los más importantes pensadores de todas las épocas, hasta nuestro tiempo, se han alimentado en esas dos joyas literarias y se podría decir, que han sido las que mayor número de veces han leído, a tal punto que, en la antigüedad, eran aprendidas de memoria, como es el caso de Alejandro Magno, cuyas hazañas de Aquiles, emula.

-Ten presente, -Escudero, -que aún Platón, pese a reconocerle el valor poético de sus cantos, no le atribuía valor alguno de utilidad para las juventudes por cuanto cantaba mitos de los dioses antiguos y ensalzaba las hazañas guerreras que no representaban, según él, de ningún valor, motivo por el cual, excluía a Homero como prototipo de poeta para su República.

-Es algo paradójico, -Escudero, por cuanto, si alguien representa la mejor opción de constituirse en la probable reencarnación de Homero, realmente es Platón.

-Maestro, -dice Escudero, -me has sorprendido, ¿tú, realmente estás diciendo que Platón es el mismo espíritu de Homero, reencarnado?

-Has escuchado bien, -Escudero. Es más, te diré, búscame un personaje de igual magnitud de Platón, entre éste y Homero; ¿qué se te ocurre?

-¿Después de Homero, -Maestro?

-Es correcto, -Escudero.

-Maestro, -dice Escudero, -ahora que tú me lo preguntas, debo decirte que yo siempre he considerado a Platón como una posible

reencarnación de Solón; cuando pienso en ambos grandes personajes, en las obras realizadas, en los viajes emprendidos con idéntica finalidad de estudio y aprendizaje por Egipto y otras regiones, por una parte, y cuando cierro los ojos y me los represento a ambos, veo, en mi mente que el uno es el otro, es decir, el mismo espíritu.

-Luego, fíjate, maestro, -Platón fue de alguna manera descendiente de Solón y relató lo relativo a la Atlántida en sus diálogos el Crítias y el Timeo, en base a los escritos de Solón sustentados en las revelaciones que les hicieran los maestros de Sais; luego, Maestro, un rasgo que me parece muy interesante, Solón redactó el cuerpo de leyes griegas que sustituían el código de Dracón, -que era muy severo-, mientras que Platón no ejerciendo labores de Legislador, escribió, en edad avanzada, sus obras La República y Las Leyes, representándose, en la primera, la República ideal y, en ambas plasma su experiencia precedente de Legislador, sin duda, en la existencia anterior como Solón.

-Escudero, -es magnífico tu razonamiento y permítame felicitarte; estoy en un todo de acuerdo con tus conclusiones y te voy a añadir algo que complementa tu excelente razonamiento –o intuición, diría yo-; fíjate, ¿Quién fue el sabio que recopiló y ordenó los cantos de Homero, en su estado actual?

-Ya lo analizamos cuando hablamos en el diálogo sobre los siete sabios, -maestro, -fue Solón.

-Es correcto, -Escudero; -Solón, al igual que todos sus contemporáneos se inspiraron en las obras de Homero, pero, fue Solón quien se ocupó en reunir las, en arreglarlas o depurarlas de acuerdo a las mejores versiones conocidas; tenía conciencia clara de su valor por encima del resto de sus contemporáneos.

-Maestro, -dice Escudero, -creo que he captado tu idea; tú estás llegando a la conclusión que Homero, Solón y Platón, son el mismo espíritu, reencarnado.

-Tú lo has dicho, -Escudero; y, podría decirte más, yendo hacia atrás, el otro poeta que iguala fama y grandeza de Homero, es Orfeo; *-si bien el mismo Platón le atribuye a aquel mayor proyección que a éste, lo cual es comprensible siendo de varias existencias posteriores y de las obras de Orfeo casi no queda vestigios algunos-* la elevación de un espíritu expresada en cuatro personajes de análoga magnitud e importancia y en cada uno forjador de juventudes y creador de nuevas civilizaciones.

-Escudero, -de Platón hacia atrás, Homero es el maestro por excelencia que ayudó a forjar la edad de oro de Grecia y en quien se inspiran las juventudes para emular las virtudes que describe Homero en las acciones de sus héroes, con lo cual, se gesta un prototipo de joven cuya grandeza de una época todavía nos admira.

-Y, de Platón para acá, éste sigue siendo el filósofo más prestigioso de todos los tiempos y cuya obra, la humanidad apenas ha comprendido y quedan varios milenios, aún, antes de que las masas puedan asimilarlas; y, pese a todo, Homero, sigue estando vigente, como lo vamos a ver al profundizar otros aspectos que aún no hemos tocado –o profundizado- de su obra.

-Por ejemplo, -Escudero, el contenido de los valores universales en el cultivo de las virtudes de los héroes homéricos. La percepción de esos valores plasmados en las virtudes que canta, que, constituirá el objeto de estudio en la nueva edad de oro del planeta tierra, dentro de los siguientes veinticinco mil años, -y más aún, en los tiempos futuros-, denota una sabiduría inmortal y eterna de Homero, que sin duda, contenidas en el archivo espiritual de su espíritu, le dotaban para que, el espíritu –o los espíritus sabios- que le inspiraron dichas obras, al margen de otras que pudieron haberse perdido- al relatar hazañas verídicas, describían virtudes ideales en cuya emulación se habrían que cultivar las nuevas generaciones y se han cultivados los más importantes pensadores de todos los tiempos, hasta nuestros días.

-El otro aspecto, -Escudero, es la intervención de los dioses inmortales en los hechos de los hombres, tomando en cuenta que son – en la acepción moderna- los espíritus, y que, esos dioses mitológicos, en su gran mayoría, o virtualmente, todos, fueron personajes reales como lo demuestran los diversos análisis que se puedan hacer al respecto, los cuales, vivieron en la antigua Atlántida y que han trascendido como personajes mitológicos por la antigüedad de los mismos, que seguramente, supera los quince mil años de antigüedad, es decir, trece mil años antes de n.e.-

-Homero, -Escudero, demuestra que tenía un conocimiento del mundo espiritual profundo y describe una interrelación de ese plano con el humano de una manera tal que, aún hoy, cuando los más importantes investigadores y filósofos del Espiritismo y de la Parapsicología se avocan al estudio de esa interrelación, Homero sigue siendo un paradigma digno de estudio por la lucidez con que las describió; igualmente, como puede verse, en el final de la Odisea, conocía la supervivencia del espíritu después de la des-encarnación, las

comunicaciones con los espíritus, las facultades de premoniciones, intuiciones, inspiraciones, comunicaciones parlantes, entre otras.

-Al enfocar, -Escudero, el estudio de las obras homéricas, bajo este prisma o nueva visión, nos presentan una realidad que, siendo antigua, sigue siendo vigente, por cuanto, es ahora, con la proyección del Espiritismo moderno *-la doctrina de la verdad universal-* que la humanidad comienza a percibir su realidad en una perspectiva tal como demuestra Homero, que pese a la antigüedad, ya poseía.

-Maestro, -dice Escudero, -me aprestaré a releer una vez más la *Iliada* y la *Odisea*, empezando por ésta última, pero analizándola con este enfoque novedoso sobre el cual me has hecho adquirir conciencia y ya tendremos ocasión de ampliar nuestras reflexiones de hoy que tanto bien me han proporcionado, ya que, al reflexionar sobre estos grandes seres, me he cargado de su atmósfera espiritual y me siento como si yo fuera ya amigo de ellos.

-Claro que sí, -Escudero, al estudiar las obras de los grandes hombres y mujeres de la historia, cultivamos su amistad, nos convertimos en sus discípulos y de alguna manera vamos pasando a formar parte de esa esfera mental que constituye una etapa en nuestro camino hacia el infinito progreso.

-Maestro, -concluye Escudero, será hasta la próxima jornada.

-Así es, -Escudero, y por los vientos que soplan, nuestro próximo encuentro será, todavía, en tierra venezolana, aunque ya voy extrañando mis andanzas andaluzas y mis recorridos por Madrid y sus alrededores.

-Me parece estupendo, Hidalgo, -Venezuela es un país prodigioso, me gusta mucho, y su gente es estupenda y muy dinámica; se respira mucha paz y presiento que son tiempos de cambios positivos, hacia su gran destino, -respondió Escudero.